

ANNE STAPLES

*El Colegio de México*

Jesús Gómez Serrano, *Los españoles en Aguascalientes durante la época colonial. Orígenes, desarrollo e influencia de una minoría*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-Universidad Autónoma de Aguascalientes-Fomento Cultural Banamex, 2003, 293 pp.

La seña de un buen historiador es encontrar los nexos entre los casos particulares y los grandes temas de la época que estudia. La capacidad de relacionar un fenómeno con otro, de ver los paralelismos, de saber cuál es el significado de una acción o de un obstáculo -esto es lo que separa a un historiador de un cronista-. Jesús Gómez Serrano es un historiador consagrado que conoce el terreno que pisa, que entiende hasta dónde llegan las

relaciones secretas y no tan secretas entre las personas, las políticas, los lugares de encuentros y de negocios. Esto le da las herramientas para hacer unas biografías de grupo que traen a la memoria esa pequeña joya acerca de Antonio Haro y Tamariz realizada por el profesor Jan Bazant, en la cual hizo alarde de un profundo conocimiento de la política europea y mexicana, de la industria textil, de los años de Santa Anna y del ambiente social poblano. Gómez Serrano también jaló muchos hilos para explicar las complicadas existencias de sus hidrocálidos peninsulares. No dejó piedra sin voltear. Incluso recorrió los terruños de los inmigrantes para ver las localidades y describir lo esencial: su tamaño, su ubicación y la clase

de gente que habitaba los lugares de origen.

Algunos ejemplos ilustran la capacidad del autor para relacionar lo particular de Aguascalientes con el ámbito virreinal y europeo. No sólo existen los relatos de los éxitos de los inmigrantes sino de los fracasos, menos recordados al festejar a próceres y fundadores de la patria. Ser cobrador de diezmos, por ejemplo, era sumamente arriesgado, como lo eran tantos negocios de esa época, incluyendo, por supuesto, la minería. Si uno no calculaba bien la producción agrícola y apostaba a una cantidad mayor que lo recolectable, sufría un desfaldo que podría llegar a ser cuantioso. Hoy día hay seguros agrícolas, pues toda la ciencia, que nos permite llegar a la luna, no puede asegurar las cosechas, cuantiménos en esa época. Y si el peninsular era ambicioso -y todos lo eran- jineteaba el dinero recaudado mientras lo entregaba a la junta de diezmos. Pero si emplear el dinero era una oportunidad para ganar otros pesos, lo era igualmente para perder todo. El descubrir el trasfondo de la quiebra de un peninsular que cayó en la trampa de no calcular correctamente la

producción es lo que hace atractivo el análisis de Gómez Serrano. No se queda sólo con el hecho de la bancarrota; explica sus causas y subraya una de las características de la economía novohispana, su altísimo factor de riesgo. Nuestro autor agrega a sus observaciones otra característica de los peninsulares. Si una quiebra no había dañado gravemente el prestigio social había la posibilidad de empezar de nuevo. Aunque el fundador de una dinastía muriera viejo, enfermo y pobre, si los hijos se casaban 'bien' había esperanzas de mantener a flote la familia.

La importancia de un buen matrimonio se repite constantemente. Provenir de una región ibérica en especial, o sencillamente ser peninsular, abría las puertas de casas que resguardaban a ricas doncellas. Y como ellas, igual que todas las mujeres, solían morir de parto, a veces había dos o tres oportunidades. No hacía falta tener mucho dinero. El tesón, el apellido, agradar al suegro: éstos eran los ingredientes imprescindibles para un novio en búsqueda de un buen partido. Ya es sabido, pero Gómez Serrano lo comprueba una vez más entre su población escogida: tener una mujer estéril (y para ser

justos, ser un marido estéril) o peor, tener una mujer demasiado fértil, causaba problemas económicos a la hora de repartir la herencia. Si no se había establecido un mayorazgo, inevitablemente se desmembraba la propiedad paterna.

En el libro sale a relucir otra característica de la sociedad novohispana, la capacidad de sus hombres de negocios para combinar giros que se complementaban. La compraventa de esclavos y de minas podrían ir de la mano si se utilizaba a los primeros para trabajar las segundas. Vender lo que fuera con el fin de agenciarse capitales era vital para un minero. Analizar a los mineros que no lograron mantener un financiamiento adecuado podría llenar libros de historias familiares. Estos fracasos económicos, tan frecuentes en las minas, no significaban la pérdida total de circulante, ya que casi todo se iba en mano de obra, que a su vez recorría los pequeños circuitos económicos.

Otro hilo de este tejido bien apretado es la Iglesia. El autor nos presenta un cuadro rico en expresiones de gustos personales y de motivaciones que son difíciles de rescatar de la

documentación. Constata el caso de los clérigos libres, sin obligaciones parroquiales, que se dedicaban a todos los negocios imaginables, salvo la minería, que estaba expresamente prohibida (aunque muchos lo hacían de alguna manera). El acucioso investigador David Brading encontró el mismo fenómeno en Michoacán. El que un individuo dedicara toda su fortuna a la construcción de un camarín de la Virgen o que diera dinero a cada fraile de la ciudad, habla de un ambiente religioso vivido intensamente. Un caso todavía más llamativo es el de Francisco Rivero y Gutiérrez, que construyó una escuela pública. ¿Habría otro caso de un edificio construido *ex professo*, supervisado por el donante, para escuela? Desde luego que existían los colegios de los jesuitas, el Colegio de Vizcaínas a cargo de la cofradía de Aranzazú y los salones acomodados para escuela en los conventos e iglesias de la Nueva España. ¿Pero un gran edificio levantado por un solo individuo, sin tener convento anexo, cuyo único destino era ser escuela pública?

Las secuelas de la guerra de independencia, sobre todo en cuanto a las relaciones personales, constituyen un gran hueco

en la historiografía. Sabemos de movimientos militares, de política, de la desarticulación del crédito, pero casi nada de la manera cómo la violencia y la desorganización resultantes afectaron a las familias. El caso del comandante Felipe Pérez de Terán se repitió sin duda innumerables veces: un hombre cruel, tiránico, que hizo fusilar cientos de prisioneros, pero que después pudo vivir tan tranquilo en Aguascalientes. ¿Qué significa esto? ¿Qué en Aguascalientes la guerra tenía tintes raciales y de clase social y no le importaba mucho a los propietarios que fusilaran a saqueadores que rompían la paz social?

La corrupción repugna y fascina a la vez. Disminuirla es una lucha difícil, sobre todo si tomamos en cuenta sus lejanos orígenes. Un inmigrante de Sanlúcar de Barrameda, "escuela de defraudadores profesionales del fisco", consiguió trabajo como encargado de la aduana, donde cobraba un altísimo 14% sobre lo recaudado. Desde aquel puerto español se controlaba el comercio trasatlántico y, sobre todo, el contrabando y la introducción fraudulenta a España de barras de plata. Con razón este individuo tuvo, en la

Nueva España, una "pasmosa facilidad para entenderse con las autoridades, granjearse el favor de los poderosos", ocupar cargos en contravención de reglamentos, cometer irregularidades en el manejo de los fondos gubernamentales, que confundía con los privados, sin sufrir mayor molestia de parte de la ley ni de la opinión pública. Su vida daría para una novela histórica. Nuestro autor maneja el tema con fina ironía y con valor, ya que podrían haber descendientes de las personas involucradas radicados todavía en Aguascalientes. Ojalá que no tomen a mal los desvaríos de sus ancestros. Forman parte integral del pasado, analizado por una persona seria que honra a la ciudad con sus conocimientos y su pluma ágil.

A Gómez Serrano no le asusta la "herejía" de llamar a la guerra de independencia una tragedia, además de ser la gesta heroica que dio luz a la patria. Como en cualquier guerra, hay muertes y destrucción, y en ésta, una civil, peor todavía. La comunidad de peninsulares sufrió ejecuciones masivas, desalojos, robos, saqueos y todas las demás violaciones a la dignidad humana que suceden durante un

levantamiento bélico. A contrapelo de nuestra gloriosa historia nacional, habría que recordar a las familias deshechas, las economías destrozadas, las haciendas y rancherías despobladas, las carreras truncadas. No fue una lucha únicamente en contra del mal gobierno, sino en contra de los peninsulares, fueran benéficos o no al país. Como siempre, se metían a todos en un solo costal. Una democracia es un sistema político en el cual se respetan los derechos de la minoría; en México ninguna minoría ha sido muy protegida, salvo la élite. Aunque algunos peninsulares se salvaron del vendaval, terminó su posición privilegiada, "se acabó con ellos como núcleo dirigente". Algunos recuperaron su estatus en pocos años, otros regresaron a la madre patria, pero su peso en la vida de Aguascalientes, menospreciado después de la guerra, cuando se puso de moda denigrar al régimen anterior, fue evidente a lo largo del siglo XIX. Obviamente hubo poca o ninguna inmigración española a México durante los primeros años de la república. Por primera vez, desde la conquista, no se reemplazaba a los peninsulares. Más bien, disminuyó su número, se intentó borrar su recuerdo,

surgió la calumnia de América y se reforzó la leyenda negra que echaba a España la culpa de todas las desgracias del nuevo país. Tuvieron que pasar muchos años para que un historiador como Jesús viniera a reevaluar el papel que desempeñaron en la construcción de la civilización occidental en Aguascalientes.

El autor de este libro, excepcionalmente bien redondeado, cumple con creces lo que ofrece en el título, explora a fondo el tema, indaga en muchos archivos y recorre la historia desde la llegada hasta la salida de los españoles en Aguascalientes y en la región norte del país. El trabajo es original, tanto por su orientación como por la novedad de su material documental. Explica claramente las múltiples relaciones comerciales y sociales que hicieron de una élite de connacionales la fuerza dominante en la sociedad aguascalentense durante décadas. Rastrea sus orígenes, los lazos de sangre y de cuna y los intereses compartidos. La investigación se desarrolla cronológicamente, lo que permite seguir ciclos económicos y generacionales. Dedicó un capítulo a empresas comerciales, otro a las relaciones de familia, otro al papel de los

patronos de la Iglesia y termina con estudios de caso y un epílogo que trata la guerra de independencia. El catálogo de peninsulares y extranjeros, en el apéndice, es útil a los estudiosos que buscan relacionar a estos inmigrantes con los de otras regiones del país. Por último, cabe apuntar que esta investigación ayuda a entender qué cambios hubo después de la independencia y demuestra que los grupos que disfrutaron el poder antes de la separación de España no lo retuvieron siempre. En el caso de Aguascalientes, la

obra de Gómez Serrano explica cómo los peninsulares fueron reemplazados por franceses y norteamericanos y obligados por las circunstancias a aceptar el nuevo orden. El conjunto da una excelente idea de la fuerza y de la cohesión que tuvo este grupo de europeos a lo largo de su permanencia en esta localidad. Por su excelente contribución a la historia regional, la historia de los grupos inmigrantes, del desarrollo del comercio y de la minería, el libro goza ya de un distinguido lugar en la cultura hidrocálida. ❁